

Violencia y agresividad en la adolescencia

Notas sobre metapsicología y psicopatología de la violencia¹

Asbed Aryan

*La sociedad disciplinaria
descrita por Michel Foucault,
donde todavía rige
la negatividad, genera locos
y criminales.
La sociedad (actual) de rendimiento,
por el contrario,
produce depresivos y fracasados.*

Byung-Chul Han

Introducción

Este tema es muy amplio y hace mucho que ya es objeto de estudio de todas las ciencias humanísticas. Inclusive de algunas artes literarias y de la estética. También ha ido complejizándose porque las variables que intervienen son cada vez más numerosas y diversas. Todo esto hace que sea un tema muy importante para entender a los adolescentes de hoy y tratar de ayudarlos.

Es habitual englobar las distintas formas de comportamientos agresivos de los adolescentes bajo el título general de violencia en la adolescencia, ya que abarca no sólo aspectos personales de los jóvenes sino también tiene, además, implicancias sociológicas y jurídicas. Sin ir más lejos, todos los días y a través de los distintos medios de

¹ El presente trabajo es una reelaboración de uno anterior presentado en el 30° Simposio de las Américas de Guadalajara (México) en febrero de 2017.

comunicación (los diarios, revistas, la televisión) somos testigos de múltiples episodios de violencia donde los adolescentes son a veces protagonistas activos y otras veces, víctimas.

Si bien es habitual, no es conveniente entonces apresurarnos en ubicar la violencia en algún área en particular, porque nunca hay violentos sin violentadores, sea en el mundo externo, sea en el interno.

De modo que para abordar el tema es conveniente partir de la idea de que, más allá de la modalidad de su presentación y de quién es sujeto y quién objeto, la violencia es la característica de algo o alguien que actúa con fuerza sobre lo que está en su proximidad y se impone directa o indirectamente para transformarlo. Así, la vida misma –podríamos pensar– es violencia que procede de transformaciones permanentes de la materia. Piera Aulagnier ya inaugura “la humanización de la cría humana como violencia primaria” (P. Aulagnier 1977). Plantea que el niño se enfrenta a un discurso y exigencias que exceden sus posibilidades de saber y de operar. Esta insuficiencia originaria es cubierta por y se enlaza a las palabras, las nominaciones, afirmaciones, definiciones que aporta la madre en su encuentro con su bebé. Mientras el niño no habla, la madre conserva la ilusión de que comprende y define lo que le sucede al niño. Esa oferta de sentido que hace la madre humaniza al niño y transforma en accesible y compartido lo que hasta ese momento era impensable. Ya es una primera forma de violencia sobre el bebé humano, porque éste es totalmente ajeno a su condición animal natural y que sin concesiones se le impone y que él debe aceptar pasivamente. En ese momento el desamparo absoluto del niño es cubierto por el amparo del otro primordial (la madre) que es a la vez quien impone esta violencia primaria constitutiva. Esta violencia constitutiva es el único momento que puede considerarse como positivo y trófico para el sujeto. El resto de las circunstancias posteriores que implican las familiares y las sociales constituyen diversos tipos de configuraciones según los distintos niveles de intensidades de dominio e imposición, contra los que el sujeto reaccionará o se someterá. Es la violencia secundaria.

Podemos decir entonces que la violencia y la agresividad en la adolescencia son un producto de un entrecruzamiento entre la tensión psíquica del individuo y la tensión social.

Las motivaciones que activan la violencia

Nuestra preocupación clínica generalmente nos lleva a examinar la violencia (y la agresividad) desde la perspectiva del objeto que sufre y así se enfatiza su grado de destructividad. Pero si en vez de este enfoque de preocupación por el destino del objeto violentado analizamos la violencia y la agresividad adolescente desde lo que significa para el sujeto violento, podemos entender un poco más y mejor las motivaciones que las activan y la funcionalidad que cumplen.

Mi interés clínico es mayormente este aspecto dentro de la vastedad del tema. Una razón importante, entre muchas otras, es cómo transformar en instrumento útil la contratransferencia que surge cuando trabajamos con adolescentes directa o indirectamente violentos y agresivos. Es necesario hacer un doble esfuerzo de toma de distancia emocional empática y tener una actitud de imparcialidad para lograr alguna comprensión efectiva de las motivaciones que pueden reactivar las violencias y las condiciones que las mantienen y que las pueden perpetuar dentro de esa tensión psíquica.

Al observar la violencia primaria constitutiva vemos que existe una especie de relación en espejo entre quien actúa esta violencia (la madre) y quien la padece (el bebé). Es tan complementaria esta relación que P. Aulagnier considera que gracias a ella se constituyen las zonas de encuentro, como es el acople boca-pecho-pezones. Esta relación muestra que la temática narcisista está en juego. Es el equivalente a la mirada y rostro de la madre que considera Winnicott (1972) o el estadio del espejo para Lacan (1971).

Uno se siente violentado cuando es negado como sujeto, como sujeto deseante o negado como sujeto que es. Partiendo de la idea de que lo narcisista está presente, lo que provoca la violencia es el sentirse in-existente como sujeto, de no ser tenido en cuenta como sujeto y ser tratado lisa y llanamente como un objeto material útil o inútil. El núcleo de la violencia parece que reside en este proceso de desubjetivización (Jeammet, P., 2002), de negación del sujeto, de sus pertenencias, de sus deseos y aspiraciones propias. Psicoanalistas clínicos diferentes como Winnicott (1972) que *al estudiar la turbulencia de adolescentes expuestos a su violencia pulsional o a la violencia social*

ha considerado a lo largo de toda su obra como central el concepto de continuidad del sentimiento de Ser o Meltzer (1967), quien a su vez, desde su forma de evaluar la clínica, considera muy importante el mantenimiento del centro de gravedad de la experiencia de identidad, si cambia o no o si se pierde.

A diferencia de la violencia que es simplemente destructiva y busca la aniquilación del objeto amenazante, la agresividad sirve para transformar el balance del displacer/placer dentro de las distintas áreas de funcionamiento psíquico, de autoconservación, sensual/sexual y narcisista, que en su articulación conforman el psiquismo (H. Bleichmar, 1997). La reacción violenta, en cambio, busca compensar la amenaza sobre el Yo y su posible colapso, imponiendo su dominio sobre el objeto desestabilizador. Este objeto amenazante puede situarse en la realidad externa pero también a nivel interno, por la emergencia de deseos sentidos como una amenaza para el Yo y provocar desequilibrios narcisistas.

Otra observación clínica nos muestra que lo que vive el sujeto que padece la violencia está relacionado con lo que vive el sujeto que actúa esa violencia. Actuar la violencia es una manera de intentar recuperar el dominio sobre algo que el sujeto violento ha tenido la sensación de padecer o perder.

De modo que esta forma de recuperar el dominio haciendo padecer a otro lo que se ha padecido podría ser el hilo conductor común a todos los actos violentos y esa violencia puede dirigirse tanto hacia los otros como contra sí mismo (Jeammet, P., 2002). Dice Freud (1915) en “Las pulsiones y sus destinos”: “Se puede sostener que los verdaderos prototipos de la relación de odio no provienen de la vida sexual sino de la lucha del Yo por su conservación y su afirmación.” El odio es tratado como una respuesta del Yo en su lucha por su conservación y su afirmación.

La funcionalidad de la violencia

Antes de pasar a la funcionalidad de la violencia tal vez sea el momento de aclarar la diferencia entre violencia y agresividad con mayor

precisión. A primera vista se puede pensar que son grados de fuerza aplicada. Pero es mucho más que eso. Existe una relación dialéctica entre la violencia y la inseguridad interna. Cuanto mayor es el sentimiento de vulnerabilidad del Yo, de amenaza sobre sus límites y su identidad, mayor es la necesidad de compensación mediante conductas de dominio sobre el otro y sobre sí mismo (Jeammet, P., 2002). La violencia está al servicio de la destructividad posible del objeto, es la intencionalidad de un Yo desbordado que ya no puede controlarse y que, desprovisto totalmente de otro recurso, intenta destruir al objeto amenazador. Por esa razón es que en la clínica vemos diferentes tipos de *acting out* destructivos y pasajes al acto.

La agresividad, en cambio, no se da en un Yo en pánico totalmente desprovisto de recursos. Para el sujeto es una forma de intentar superar un obstáculo que se opone a sus necesidades, una forma de afrontar un objeto amenazante, de protegerse de peligros internos que amenazan su integridad. Es decir, se trata de un Yo que se siente con ciertos recursos para pensar y negociar con el objeto desestabilizador, siempre que pueda tener el dominio de la situación. Desde esta posición, la agresividad no es patológica de por sí y llega a adquirir tal carácter sólo cuando el medio circundante o el objeto significativo son inadecuados a su postura (Winnicott, 1965).

Por otra parte, es cierto que tanto la violencia como la agresividad tienen también su componente constitucional y destructivo que debemos contemplar; esto se ha conceptualizado como pulsión de muerte (Freud, S., 1920; Klein, M., 1935), un concepto muy complejo que merecería otro trabajo comenzando por la consideración de la bipolaridad. Mientras podamos es conveniente encontrar explicaciones metapsicológicas especialmente dinámicas y estructurales que nos posibiliten organizar estrategias y aplicaciones clínicas.

La clínica

Cuando vemos en la consulta un adolescente con fantasías o conductas agresivas, incluso violentas, debemos enseguida preguntarnos:

¿de qué tiene miedo? ¿Qué es lo que lo asusta, incluso lo aterroriza? Y abocarnos a examinar la desestabilización de la imagen narcisista que nos dará indicadores de la reactivación de la angustia de aniquilación primaria.

Es que su Yo se abruma por:

- a) ¿Los cambios de su cuerpo que no sabe qué hacer con ellos? ¿Éstos han sido graduales o repentinos?
- b) ¿Humillaciones de su amor propio en relación a su potencia/poder o el descubrimiento de algún saber, de algún conocimiento asombroso hasta entonces ignorado?
- c) ¿Sistema de identificaciones con padres agresivos?
- d) ¿Un entorno social intrusivo, amenazante, que realmente lo violenta?
¿Teme a su soledad frente a un entorno que lo ignora o le es indiferente?

Para evaluar el grado de su subjetivización y sus posibilidades terapéuticas es necesario precisar el interjuego de las características de su entorno, especialmente la familia, y con las posibilidades que tiene su Yo de evolucionar en su preocupación por sí y por los demás y no sólo convocar la preocupación de los demás.

¿Cómo se establece la narcisización trófica?

A diferencia de otros mamíferos, el ser humano tiende a la posibilidad de la actividad reflexiva porque si bien nace con una inmadurez motora y tiene una mayor dependencia con el entorno, tiene mucha más madurez sensorial. De modo que antes de poder abastecerse con la capacidad motora ya puede auto-observarse, es decir, muy pronto adquiere la conciencia del deseo, la conciencia de sí y, por ende, la de la herida narcisista, ya que su actividad reflexiva lo pone en contacto en primer lugar con su finitud y limitaciones y con su necesidad de los demás. Con esta conciencia reflexiva nace la necesidad de compensar la herida narcisista por medio de la relación de apego y del sistema de valores. Pronto este sistema de valores se transforma en uno de

los grandes reguladores del equilibrio narcisista. Cuando los valores en los que uno cree, los ideales, se alteran, es la imagen de sí que se derrumba. Y este derrumbe narcisista es susceptible de generar reacciones violentas. Esto es lo que se observa como predisposición desde la temprana pubertad.

De modo que a poco de nacer, la vida del bebé humano está regida por dos amores, el amor a sí mismo y el amor de sus padres que juntos arman su organización narcisista, su sentimiento ilusorio de identidad y representación imaginaria de sí mismo. El niño, con mucha alegría, se ve reflejado en la mirada de los padres, especialmente de la madre que lo confirma (Lacan, Winnicott, Aulagnier) y de a poco aprende que si hace lo que a los padres les gusta y esperan de él, será querido y protegido por ellos. Ésta es una promesa característica del mundo narcisista: sentirse protegido y garantizado. Pero también es la primera fuente de violencia. Para el bebé es imprescindible que la madre lo quiera y le proporcione esa ilusión de sentirse omnipotente y completo (Winnicott, 1972; Bion, 1962), ya que esta sensación de plenitud, aunque ilusoria, lo protege de la sensación de indefensión absoluta que su inmadurez biológica le causa. Sin embargo, aunque imprescindible, esta promesa de los padres resulta la primera fuente de violencia, porque es una promesa imposible de cumplir, ya que siempre en algo le fallarán y entonces ganará terreno la angustia causada por la indefensión biológica, una angustia automática (angustia de aniquilación) y un sentimiento de desamparo donde todavía no media el pensamiento reflexivo.² De todas formas, a medida que el niño va adaptándose a las normas que los padres implementan y a los ideales que tienen (y los va incorporando) se siente querido y se afianza su autoestima. Progresivamente, va armando una representación de sí y se ve reflejado en los padres, gracias a las identificaciones a sus imágenes y gradualmente a sus normas e ideales.

Esta estructuración narcisista pacificadora es la compensación de aquella primera violencia pero que ya lleva implícita una segunda.

² Pulsión de muerte: muy sucintamente, es la compulsión a la repetición de evacuar los elementos no simbolizables, más allá del principio de placer/displacer y que buscan su descarga porque producen angustia de aniquilación.

Corresponde a la desilusión de su omnipotencia cuando, bajo amenaza, recibe también la máxima prohibición, la prohibición del incesto, la prohibición de creerse dueño absoluto de la madre. De manera que, junto con la imposición de esas normas e ideales que son prescripciones, recibe también el mandato de una prohibición absoluta. Esta es lo que se ha dado en llamar la Ley del Padre. Muchas trasgresiones tienen como trasfondo el conflicto y la lucha contra esta prohibición.

Aquí también, felizmente, hay una segunda compensación para esta segunda violencia, ya que, acatando esta prohibición, se constituye el deseo humano y aparece la posibilidad de su socialización. De manera que la cría humana, gracias a la primera violencia, se humaniza y gracias a la segunda, se socializa. Con este mensaje social se incorpora a la Cultura. Pero también qué paradoja: vemos que el ser humano es un ser social y cultural marcado por violencias implícitas contra su ser natural.

Podemos concluir que ser *homo sapiens* y pertenecer a la Cultura y la Sociedad alberga indefectiblemente el empuje de volver a sus orígenes prehumanos y también contiene la agresividad por las decepciones de las promesas narcisistas; es decir, de todo aquello que el individuo, una vez humanizado, querría ser y creía poder tener y hacer.

Con este destino de ser y con su deseo sexual constituido, el niño transita por la latencia hasta la adolescencia. Pero le quedan las incógnitas de por qué de las normas y, en particular, el por qué de las prohibiciones. Mientras sigue necesitando de la protección de los padres, reprime estas incógnitas, arma algunas teorías como respuesta, pero básicamente sostiene la convicción de que los adultos lo saben todo, tienen los secretos de todo y pueden todo porque saben todo; de manera que, si espera con paciencia, cuando él llegue a ser adulto ya no tendrá que soportar ni normas ni prohibiciones puestas por otros y podrá hacer todo lo que le plazca, igual que los padres, porque accederá a la posesión del saber de esas respuestas misteriosas y comprenderá y manejará todos esos secretos. Esta convicción es el equivalente tranquilizador de aquella primera promesa narcisista, cuando el amor a sí mismo y el amor de los padres protegía contra la indefensión biológica innata y posibilitaba una tranquilización llena de promesas.

De manera que se llega a la pubertad y a la adolescencia con esta convicción: que saber todo con anticipación garantiza el poder. Pero pronto descubrirá que las cosas no resultan así.

Es de observación corriente que el adolescente busca compartir su vida cotidiana con otros adolescentes y no está en contacto en forma natural ni feliz con los adultos. Ni tampoco con los niños. A sus ojos, el mundo exterior parece ejercer sobre él una presión que él juzga con frecuencia, violenta, y de la que puede desear deshacerse con la misma violencia. Lo que ocurre es que él ve el mundo como una estructura política, organizada en un sistema de clases, donde son los adultos los que pretenden tener el poder y retener el control, manipulando la información. Considera que los adultos logran esta posición privilegiada gracias a una especie de organización aristocrática que imponen (que lamentablemente a veces se le confirma) y no porque han adquirido conocimientos y capacidad a través de la experiencia; que están en posesión de algo que no tuvieron nunca el derecho a tener, porque descubre que se equivocan, no saben todo, son injustos, ellos mismos no cumplen con muchas de las normas que pretenden imponer y que la finalidad principal de esta organización es preservar el “poder” contra todo atentado e intrusión. Y el ejercicio de la actividad sexual es el indicador de este poder autoritario. En el otro extremo de este sistema de clases, el adolescente coloca a los niños a quienes considera “esclavos” o “siervos tontos” que creen en los adultos como si fuesen dioses y que viven en la ilusión de que los adultos lo saben todo, que tienen todos los conocimientos (Meltzer, 1998, pp. 84-85).

Ésta es la razón de por qué tienen la muletilla de “boludo” (el que no sabe nada y que inocentemente ha creído que los adultos sí) cuando hablan entre ellos.

Por tener esta concepción del mundo, el adolescente termina despreciando a ambos, adultos y niños.

Esta visión del mundo, en parte se le confirma porque el mensaje y discurso social tiene como meta impedir todo cambio de los modelos instituidos. Por supuesto que para todos la referencia básica e inconsciente es el mandato y prohibición del incesto. Pero este mandato se

hace extensivo a las normas e ideales también, si bien el individuo tendría mayor margen de libertad con respecto a estos últimos.

Así, la adolescencia resulta el período de lucha y descubrimiento de este margen de movilidad personal para las normas e ideales, siempre y cuando soporte renunciar a las promesas de omnipotencia y omnisciencia narcisistas y acate la ley edípica. Así y todo, el éxito de este esfuerzo personal depende también del grado de flexibilidad de las instituciones que rodean al adolescente, empezando por la familia, en permitir el desarrollo de los indicios de autonomía en su pensamiento y no subsumirlo en el sometimiento de paradigmas que le son ajenos, de obstruir cualquier posibilidad de tener interés y pensar con ideas distintas de las de las normas decididas por la familia y más ampliamente, por la sociedad. El saber preconcebido es siempre traumático para el sujeto, porque le impide cualquier posibilidad de invertir o pensar con ideas propias y distintas las normas instauradas por los demás.

Estructuración-desestructuración-reestructuración del sistema de seguridad interna

De lo anterior se desprende que una buena diferenciación, una relativa libertad y estabilidad yoica ante los propios deseos y la correspondiente necesidad de objeto se da gracias al establecimiento de una estructura narcisista trófica que facilita el acatamiento de la ley edípica. Existe una relación muy estrecha entre esta libertad parcial –la conciencia de identidad con las amenazas que pesan sobre ella– y la violencia. *La estructura narcisista trófica* es aquella en la que sin darse cuenta y en compañía adecuada del objeto, el *infans* va logrando resolver la paradoja que significa que para independizarse es necesario aceptar primero, un tiempo suficientemente prolongado, la dependencia del objeto. Esta paradoja encierra una violencia potencial importante porque al principio es sentida como una contradicción o un doble discurso. La situación de lograr satisfacer las necesidades y obtener placer debe sentirse que es posible como experiencia, no

tanto quién es el autor. El niño se nutre del otro sin que tenga que pensar en la separación entre él y ese otro. Este objeto investido es progresivamente incluido en la calidad de su placer de funcionamiento, interiorizado y susceptible de ser reencontrado incluso en ausencia del objeto (P. Aulagnier). Porque a decir verdad, el autor una y otra vez creerá que es él mismo quien crea al objeto y la experiencia. Y es trófico para la relación que la madre una y otra vez sostenga esta creencia ilusoria (Winnicott, 1972). Mientras tanto el niño tendrá las experiencias de una madre que aunque se ausente, reaparecerá... O sea, se estructuran las bases de un narcisismo estable, donde el Yo del niño sentirá la seguridad interna de que el objeto necesario estará presente para muchas cosas que él necesite. Así se afianzará de a poco el sentimiento de espera confiada, fundamento de la libertad. Esta calidad del placer de funcionamiento es el reflejo de la respuesta del objeto en la que se suaviza la violencia natural de este hambre de objetos y le confiere su dimensión libidinal; es decir, de ternura y placer y la capacidad de ligar los deseos agresivos y destructivos (Jeammet, P., 2002).

No obstante, la ambigüedad de la situación no tiene que ser develada. Lo que percibe el bebé es una adecuación suficiente entre sus necesidades y su satisfacción, sin que la cuestión de quién proviene de cada cosa tenga que plantearse en el placer de este intercambio. Con la repetición frecuente de esta experiencia, el niño adquiere confianza en la llegada de la satisfacción, confianza en el objeto y en sí mismo y se ponen las bases del narcisismo que se puede calificar de normal, que nace con esta relación de objeto en los momentos felices (Jeammet, P., 1998).

En caso contrario, se instalará el sentimiento o casi la convicción de que cada momento de flaqueza yoica y desequilibrio interno se debe a la apetencia por un objeto necesario y deseado pero frustrante y por eso peligroso y hostil y que es necesario aniquilarlo con violencia.

Cuanto más esté el sujeto en una espera apremiante, las respuestas del entorno son sentidas como amenazantes, potencialmente violentas y susceptibles de generar a su vez violencia. Mientras que un narcisismo trófico bien asentado permitirá que la convicción confiada

de tener un buen objeto interno no se distinga como tal y sea más bien confundida con el placer de ser y de vivir del sujeto. Esto hará más libre y más flexible la relación con el objeto externo. Como tal, facilita el rechazo de los deseos incestuosos y facilita la elaboración del Edipo. Son las interiorizaciones y sobre todo las identificaciones secundarias edípicas las que se ven facilitadas y favorecen a su vez el reforzamiento del Yo. Servirán entonces de soporte para las estructuras intrapsíquicas diferenciadas. Cuanto más se individualicen un Superyó y un Ideal del Yo, menos masivo será el apego a las personas y por lo tanto será menos amenazante para el narcisismo (Jeammet, P., 2002).

Adolescencia

Una forma de pensar, a grandes pinceladas, el proceso de desarrollo del ser humano, es considerar que desde el nacimiento, ante cada oportunidad de cambio para adaptarse al medio y crecer, debe el sujeto aceptar que cada paso adelante y cada obtención de algo nuevo tiene su costo y debe hacer el duelo por renunciar a algo de lo previamente obtenido para poder adquirir eso nuevo, si es más, mejor aún. Por esta razón, como psicoanalistas, consideramos que el modelo del duelo nos orienta mucho en este tema del desarrollo y complejización del aparato psíquico. Sin embargo, podemos considerar también que cada paso para adelante implica enfrentar la paradoja de que para crecer y para adquirir cada vez más libertad e independencia, primero es necesario, no importa la edad, aceptar depender del medio y especialmente de un objeto íntimo en particular que hará el papel de organizador y afianzador del sí mismo del sujeto, su apoyo narcisista. En caso del bebé humano será la madre, en el caso del adolescente su amigo íntimo y el grupo de pares. En las etapas posteriores hay distintos motivos de pérdida de los apoyos narcisistas y la búsqueda de nuevas formas de reaseguramientos y dominio de sí y/o del otro.

El desasimiento parental se acelera en la pubertad por la erotización incestuosa; con el argumento de que los padres lo han traicionado

al mostrarse y prometer omnipotencia y omnisciencia, el adolescente renuncia a los apoyos narcisistas que hasta ahora le daban el Superyó e Ideal del Yo infantiles bastante diferenciados durante la latencia. Ahora su Yo inseguro, frágil e inestable siente otra vez violencia “por querer y no poder”. Entonces pretende compensar su impotencia e inseguridad dominando con violencia y acopiando objetos indiscriminadamente. Pero nuevamente se topa con la paradoja de que pretender libertad y seguridad es imposible de concretar. Semejante antagonismo no es percibido como tal por el sujeto. Nuevamente lo confunde con contradicción a resolver, que también lo violenta. Es vivido y sufrido como un apremio por sus efectos. Y aún más en tanto que no se trata de conflictos entre deseos contradictorios, entre deseo y prohibición, sino de exigencias internas de distintas categorías, hasta que de a poco aclara el malentendido y acepta la paradoja como tal.

Los factores de desequilibrio pueden provenir de diferentes fuentes: tanto de conmociones internas como de cambios del entorno. El resultado es siempre una modificación de los espacios internos y un desequilibrio cualitativo entre el campo del narcisismo y el de lo relacional que induce un proceso de confusión entre el deseo, su objeto y el Yo.

Habitualmente al período de la adolescencia lo asociamos con “el despertar sexual” y el interés por las actividades sexuales. Para enfocar el problema con mayor precisión, deberíamos decir “con el interés de comprender el mundo objetal desde las cuestiones sexuales”, de comprender el mundo desde los misterios relacionados con la sexualidad; esto es, el misterio de la intimidad con el cuerpo del sexo opuesto y el misterio de la escena primaria y de la reproducción. Para esta empresa descomunal de comprensión y diferenciación de la realidad interna, el sexo biológico y las hormonas son materia prima pero lo que define la situación es la concepción de sí mismo y de los demás y las relaciones intersubjetivas.

Recordemos que las concepciones narcisistas de omnipotencia y omnisciencia eran promesas ilusorias de poder y control de sí y del mundo que coincidían con la indefensión biológica innata y eran su compensación. De manera que cada vez que hay un desequilibrio

biológico, hay una necesidad incrementada de las fantasías narcisistas para compensarlo. O cada vez que hay una decepción narcisista importante, recrudecen temores referidos a una indefensión biológica. En la adolescencia se dan ambas descompensaciones conjugadas: confusiones en relación a los cambios biológicos imprevisibles y decepciones narcisistas que producen confusiones referidas a la comprensión de sí mismo y de los demás, así como de las normas e ideales. Por esa razón, la violencia y la agresividad como defensas para negar esta realidad interna están incrementadas en proporciones geométricas.

Un adolescente con fantasías o conductas agresivas está asustado porque junto con las angustias persecutorias activadas defensivamente ante las confusiones por los cambios biológicos y las confusiones de “qué soy”/“quién soy” existen otros dos subtipos: a) un código básico bajo el cual el sujeto se estructuró por identificación con padres que le presentaron los objetos y el mundo como peligrosos y atacantes; la otra posibilidad b) es que el mundo circundante de objetos ataca realmente al adolescente y no se trata de una mera fantasía del sujeto, aunque éste codifique lo externo en función de su mundo interno.

De modo que, resumiendo, podemos sostener que hay una relación dialéctica entre la violencia, la inseguridad interna y una necesidad de reafirmación y defensa del Yo mediante conductas de dominio sobre el otro y sobre sí mismo. Lo que le importa al adolescente es la satisfacción y el alivio que confiere el dominio y no el placer del intercambio con satisfacción compartida con su objeto de elección. El objeto de dominio sólo es utilizado con fines narcisistas donde se niegan su subjetividad, sus deseos y sus diferencias. Está al servicio del Yo del que ejerce el dominio en respuesta a la amenaza cuando se siente, él mismo, objeto. No hay reconocimiento de la alteridad del violentado sino que es utilizado como prolongación del Yo. Es decir, la amenaza narcisista es clave para entender por qué el sujeto, sin poder pensar, echa mano a acciones de violencia contra el objeto externo o contra sí mismo. “Instaura brutalmente un proceso de separación, de corte, de diferenciación abrupta con el otro” (Jeammet, P., 2002).

Para esto es necesario que trascorra todo el tiempo de vida que

llamamos adolescencia: arrancar desde el malentendido de que es una contradicción y afirmación de doble discurso que para lograr una cierta libertad y autonomía es necesario primero depender todo lo necesario de objetos externos que comprendan y toleren esta necesidad de afirmación narcisista, para finalmente poder aceptarla como una paradoja. Desde la desconfianza inmediata lentamente lograr una espera confiada.

Bibliografía

- Aryan, A. (1998): *Agresión, autoagresión, trasgresión y accidentofilia en la adolescencia*. Presentado en el Hospital de Niños Sor María Ludovica de La Plata.
- Aulagnier, P. (1977): *Violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Baranger, W. M. & Mom, J. (1983): El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud. Trauma puro, retroactividad y reconstrucción. En *Revista de Psicoanálisis*, 1987, vol. 44, n. 4.
- Bleichmar, H. (1997): *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Barcelona: Paidós.
- Bion, W. (1962): *Aprendiendo de la experiencia*, Buenos Aires: Paidós (1975).
- Freud, S., (1915): *Las pulsiones y sus destinos*. OC, Buenos Aires: Amorrortu, vol. 14.
- (1920): *Más allá del principio de placer*, OC, Buenos Aires: Amorrortu, vol. 18.
- Jeammet, P. (1998): *Violencia y Narcisismo*. Entrevista de Ariel Liberman. *Revista Psicoanálisis con niños y adolescentes*, n. 11.
- (2002): *Violencia en la adolescencia*, XV Congreso de la Sociedad Española de Psiquiatría y psicoterapia del niño y adolescente en Granada, España.
- Klein, M. (1935): *Contribuciones al Psicoanálisis*, “Contribución a la Psicogénesis de los estados maniaco-depresivos”, Buenos Aires: Hormé, 1964.
- Lacan, J. (1949): *El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*, en *Lecturas estructuralista de Freud*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1971.
- Meltzer, D. (1967): *Estados sexuales de la mente*, Buenos Aires: Kargieman, 1974.
- & Harris, M. (1998): *Adolescencia*, Buenos Aires: Spatia.
- Winnicott, D. (1965): *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- (1971) *Realidad y juego*. Buenos Aires: Granica, 1972.

